

DE ALGUNOS HECHOS, SUCESOS, ANÉCDOTAS Y OTRAS NOTICIAS RELACIONADAS CON LA CIUDAD DE ÉCIJA, ENCONTRADAS EN LAS HEMEROTECAS ESPAÑOLAS.

(Capítulo XLIV)

Febrero 2018
Ramón Freire Gálvez.

Voy a comenzar este artículo con un ejemplo de solidaridad entre dos hermanos, acaecido en la Écija del verano de 1968 y que algunos de ustedes, queridos lectores, lo conociera por razón de vecindad o familia y que quizás pudo ser uno de los primeros trasplantes que recibiera un vecino nuestro. Encuentro la noticia en ***La Vanguardia Española, jueves 25 de Julio de 1968*** y dice así:

Madrid. Una joven de 21 años ha salvado la vida de su hermano, al someterse a una intervención quirúrgica para cederle un riñón. La joven, Ana García Jiménez, con residencia en Écija (Sevilla), al saber que su hermano Antonio se encontraba en gravísimo estado con una afección a los riñones, sin que hubiera otra posibilidad para salvarle, que realizando el trasplante de un riñón de una persona sana, se ofreció espontáneamente, con un alto grado de entrega desinteresada, aún a sabiendas de que con ello podía disminuir su propia capacidad vital.

La operación ha sido realizada con feliz éxito y ambos hermanos se encuentran fuera de peligro. A la señorita Ana García Jiménez se le ha concedido la cruz azul de la Seguridad Social”.



Sigo con temas médicos, pero dando un salto hacia atrás para remontarme al año de 1889, produciéndose un hecho en Écija que, por su importancia, dio la vuelta al mundo. Aparece la noticia en ***La Semana Católica de Salamanca del 21 de Septiembre de 1889***, que la publica de la siguiente forma:

“Curación de la rabia por el zumo de pita. *El Diario de Cádiz* refiere el siguiente caso, verdaderamente notable, de curación de la rabia, que ha de llamar la atención de los médicos y del público en general.

Tratase de un chico de diez años, que fue mordido por un perro en Écija; al mes ingresó el muchacho en el hospital y le dieron las fricciones mercuriales por precaución, pues presentaba alteración alguna; a los tres meses se declaró la rabia.

A los tres días de hallarse en tal estado, los facultativos señores Ávila y Peña, recordando haber mordido el enfermo pita de nuestros vallados, acordaron admitirla al paciente.

Estando este con la camisa de fuerza, sin tomar nada absolutamente, pues todo lo rechazaba, le presentaron, según dicen, una porción de pita, la que con avidez mascaba y deglutía.



Casi inmediatamente empezó a tranquilizarse y a las doce horas, ya casi en estado normal, mascaba, deglutía el juego y arrojaba las fibras.

Opinaron los médicos que siguiera tomándola hasta que la rechazara, como así sucedió. Al día siguiente ya estaba en condiciones de poderlo reconocer.

En una Memoria que están redactando los médicos, detallan todo prolijamente. El chico está completamente bueno.”

Añado que Don José de Peña y Gálvez y D. José Ávila Fernández, fueron dos afamados médicos ecijanos, que, en la época de referencia, desempeñaron una gran labor en el Hospital de esta ciudad.

Hace poco se conmemoró el centenario de la apertura en Écija de la calle Miguel de Cervantes, popularmente llamada calle Nueva. Ello fue en el mandato del alcalde Felipe Encinas y Jordán, pero fueron otras muchas obras públicas, las que bajo su periodo de mandato, se realizaron en Écija y como de siempre se ha dicho que “al César lo que es del César”, aprovechando lo que aparece publicado en el “Álbum de Écija, año 1912, Extraordinario de los festejos de Septiembre”, transcribo el siguiente artículo:

“Don Felipe Encinas y Jordán. Alcalde esta ciudad de Écija, puesto al que ni le arrastró la ambición, ni dejó llevarse por el impremeditado deseo de figurar. Hombre modesto, considera la alcaldía como una carga, que solo la hace llevadera su buen deseo de servir los intereses locales.

Con su modo de proceder y su talento, ha sabido demostrar en todos sus actos, que los que procuraron su nombramiento, no tenían una opinión equivocada de lo que valía y de lo que era capaz, no dándoles lugar a arrepentirse.

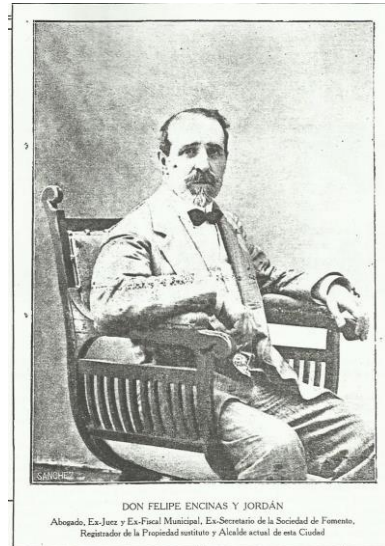
En tan importante cargo, la independencia de criterio, la rectitud y un empeño decidido por el bien común, ha servido de guía a su conducta, uniendo a estos severos principios una amplia tolerancia y una cortesía cabal e inalterable hacia sus adversarios políticos.

Ha patentizado en todas ocasiones instrucción no escasa, asiduidad constante y un celo nunca desmentido, que le han valido por parte de sus convecinos las mayores pruebas de consideración y simpatía.

No pocas mejoras importantes para Écija han merecido fijar la atención del señor Encinas, debiéndose a él no sólo su iniciación y su desarrollo, sino una perseverancia puesta a su servicio, que en ningún momento ha desmayado.

Numerosas son las obras que se han ejecutado desde que se halla al frente de la Corporación Municipal.

Se pavimentó con cemento las calles Molero, Lebrija y Bañales. Se practicó la alineación y ensanche de la calle Sevilla. Se verificaron grandes



reformas en los asientos y piso de la Plaza Mayor. Se alcantarilló el llamado Caño de Marín, que era un depósito de infección; se construyó otra alcantarilla en la carretera que da paso a la Alcarrachela; se hicieron trabajos en la existente en la calle Calzada, elevando la rasante de su piso, construyendo un alcantarillado que hizo desaparecer el alpechín que, procedente de las fábricas de aceite, iba antes a flor de tierra, haciendo desaparecer aquel mal paso, quedando hermo­seada la citada calle y quitando, al mismo tiempo, un foco de insalubridad.

Se reparó el muro de contención del Arroyo del Matadero, situado en



Puerta de Osuna. Se realizó el ensanche de la calle Colón. Se ultimó, o está para ultimarse, la nueva vía Miguel de Cervantes, para ponerla en comunicación con la carretera general Madrid a Cádiz, comprando y demoliendo, para el repetido objeto, las casas que se precisan.

Quedó completamente adoquinada la calle

Duque de la Victoria. Se iluminó con lámparas eléctricas el paseo de San Pablo, haciendo un magnífico paseo de invierno en el sitio conocido por Las Peñuelas. Se solucionó el abastecimiento de aguas, cuya escasez constituía un serio conflicto en Écija, por tratarse de un artículo tan indispensable para la vida, siendo hoy muy abundante en todas las fuentes públicas y de excelentes condiciones de potabilidad.

Y se llevaron a cabo multitud de obras, cuya sola enumeración nos haría llenar muchas cuartillas. El señor Encinas, con la constancia y amor en él proverbiales, cuando de Écija se trata, sabe remover y vencer obstáculos y llegar a la consecución de cuanto resulte beneficioso para su pueblo.

Por eso sin vacilar en sacrificios, contribuye poderosamente a todo lo que tienda al engrandecimiento de esta ciudad; por eso, al aproximarse nuestra renombrada feria, no olvidando que los festejos son el aliciente mayor para que se vea concurridísima, no ha escatimado medio alguno a fin de atraer forasteros y ha preparado un sugestivo programa, que dejará gratísimo recuerdo en aquellos que nos honren con su presencia.

Nuestro actual alcalde, por la sinceridad de sus actos, por sus beneficiosas iniciativas y por las obras de conocida utilidad que viene realizando, y con las cuales además de hermo­sear a Écija, facilita elementos de defensa a la clase obrera, dándole a ganar un jornal necesario, se ha hecho acreedor a la gratitud de todos nuestros convecinos. EMEVÉ”.

Encuentro una noticia interesante relativa a la idea de que Écija, tuviese una caseta en el recinto ferial de la de Sevilla, a la que pudieran tener acceso todos los ecijanos, que, al parecer, era muchos, los que viviendo en Sevilla o

que se desplazaran desde Écija, pudieran reunirse en la misma, anhelo que, creo, nunca se llegó a cumplir y así continúa. Aparece ello en el **álbum llamado del Centenario, dedicado a la feria septembrina de 1952** y dice así:

“Écija en la feria de Sevilla. Sevilla cuenta en la actualidad con una considerable colonia ecijana, integrada por personas –en su mayoría- que ocupan elevados cargos o gozan de excelente posición social y económica.

Un grupo de estos ecijanos diariamente se reúnen en un clásico bar, y allí ha nacido el proyecto de establecer una caseta en la sevillana Feria de Abril.

Cuando en uno de mis frecuentes viajes a Sevilla, aquellos amigos me exponían sus proyectos, yo me trasladaba al ferial y veía surgir en él la caseta que, luciendo el brillante sol de nuestro escudo, albergaba a un puñado de ecijanos que habían preferido pasar juntos las imborrables noches de la Feria de Sevilla.

A esa caseta –según diciéndome- tendrán acceso aquellos ecijanos que nos visiten durante la Feria, será por tanto la Casa de Écija en Sevilla, un lugar de descanso que tendréis en el agotador ajetreo de las noches de Feria, el punto de reunión o de cita con vuestros compañeros de viaje.



Ilusionados con su proyecto, aquellos amigos seguían hablando de lo que sería la caseta y pensando que esta podría ser la base y el origen para crear en Sevilla un casino o círculo ecijano.

No es a mi juicio un proyecto fantástico e irrealizable, es por lo contrario una de esas ideas que desde el mismo momento en que se conciben están llenas de vida.

Precedentes tenemos en otras sociedades análogas que nacieron estériles, que en el transcurso de los años han ido robusteciéndose y hoy gozan de una extraordinaria pujanza.

Que estos buenos ecijanos no desistan de sus proyectos, que puedan vencer los obstáculos que les surjan y llegue a ser realidad lo que hoy tan sólo existe en el reino de lo increado. Don Cleofás. Las adhesiones a la idea que se expone en el artículo precedente de estar una Caseta de Écija en la Feria sevillana, se reciben en los TALLERES TIPOGRÁFICOS DE D. MANUEL SOTO, CERRAJERIA, 29. SEVILLA.- TELÉFONO 21.938.”

Ahora que estamos en pleno invierno, voy a escribir sobre el o la calor, que algunos días no cabe duda echamos de menos. Y esto viene a cuento porque son muchos los ecijanos, que por una u otra causa se marcharon de nuestra ciudad a tierras más frías (mi hijo Ramón estuvo un par de años en Finlandia debido a sus estudios de tesis doctoral y fueron pocos los días que vio el sol y mucho menos que pasara calor alguno, por lo que echaba de menos los

rayos del astro rey), añorando un día sí y otro también la temperatura de Écija durante muchos meses del año.

Es cierto que nosotros, los que tenemos la dicha de vivir en este bendito suelo patrio, nos quejamos con más frecuencia de lo habitual de las altas temperaturas, cuando los paisanos que se marcharon se quejan de no poder recibirla. Y a cuento de todo esto, en mi archivo particular, encuentro un artículo relacionado con el o la calor, que fue publicado en el ***anuario de la feria de septiembre astigitana, año de 1975***, del que fue autor, el escritor y periodista de Utrera, Salvador de Quinta Garrobo y que lo he rescatado para conocerlo, diciendo así:

“El caló, la caló y las calores de Écija. ¡Dios! ¡Y cómo quema esta sartén!” La sartén, naturalmente, es Écija. Está en una hondonada y hasta tiene su mango y todo. O sus mangos. Quizás, en la carretera, o quizás en ese Genil que, como un paño empapado para una fiebre de siglos, se pega y se despega de la ciudad, intentando refrescarla. Pero no le vale.



Écija es señorial. Está llena de monumentos, regalada de hijos ilustres, sembrada de torres fabulosas, y ceñida, por los cuatro costados, de múltiples

encantos.

Ella se siente satisfecha –y es para estarlo- de todo esto. Pero también se esponja de orgullo sabiendo que es la número uno (a lo Luis Miguel) en esto de la caló.

Caló, así, sin erre que la amortigüe, para que sepa más a calor. Aquí viene bien la anécdota que ocurrió en cierto pueblecito no muy lejano.

Llegó hasta allí el forastero, en una tarde sofocante de temperatura. Aquello era para reventar. Corrían los sudores como riachuelos desbocados. Entonces, con la idea de entablar conversación, se dirigió a un anciano:

Amigo. Parece que hace caló en este pueblo.

¿Y qué?, contestó ofendido el indígena. ¡Aquí estamos nosotros pa aguantarlo! ¿Pasa argo?

Y es que aquel hombre, por querer a su pueblo, quería hasta a ese calor, que él consideraba como parte integrante del mismo.

Exactamente igual que la mayoría de los ecijanos. Mi madre, cuando nos quejábamos en un día sofocante, siempre decía: Para calor, mi pueblo. Y se esponjaba de satisfacción cuando la radio daba el record termométrico a Écija.

Satisfacción que debió sentir Vélez de Guevara al contar a su diablillo perniquebrado –al que debió hablarle largo y tendido sobre el particular- los casos y las cosas de la caló de Écija.

La misma satisfacción que debió enorgullecer y hacer sudar tinta china a los siete niños que, dicho sea de paso, casi ninguno era de Écija. No hace falta que lo aclaren los eruditos buscando partidas de nacimientos. Para demostrarlo, existe un dato bien servido en bandeja por Villalón:

“Siete caballos caretos,
Siete mantas jerezanas...”

¿Mantas jerezanas para hombres nacidos en Écija? ¡Digo!" ¡Y con la caló que hace en Écija! Esto –dicho en lenguaje muy de hoy- no se lo cree ni el mismísimo don Fernando. Y si resulta cierto... hay que reconocer que, los niños, no eran de Écija.

Porque es que en esta ciudad –ciudad del sol por antonomasia-, achicharra, quema, abrasa, incendia, devora, pica, tuesta y joroba la caló. Que el sol puede que salga por Antequera. Pero donde se queda más tiempo para recrearse, porque le gusta a rabiarse, es en Écija.

De ahí la caló. Algo que no respeta ni calles, ni plazas, ni casas. Que incluso se mete en los espléndidos patios ecijanos –que todavía quedan algunos, gracias a Dios- aunque un tanto amortiguado. Y es más. Como un don Juan sin escrúpulos, se cuela hasta en los conventos, que siempre fueron como frigoríficos, incluso en los tiempos que no existían los frigoríficos.

Una caló que da a Écija la misma fama que sus monumentos, sus personajes y su kilométrico balcón, por poner algo bien conocido. Incluso más popularidad que esas yemas que, como los ases cinematográficos, andan colgadas y pregonadas en ventas y ventorros de por ahí.

Una caló que echan muy de menos los ecijanos que viven por esos mundos. La anécdota, aunque se refiere a Sevilla y aunque está achacada a distintos personajes nacidos por estos pagos, nos viene ahora como anido al dedo. La retocaremos a nuestro gusto.

Corre el mes de agosto y dos ecijanos se encuentran en San Sebastián:

¿Has visto? –dice uno de ellos, mientras muestra el periódico al otro-. En Écija "estamos" casi en los cincuenta grados.

¡La que nos estamos perdiendo, paisano!, le contesta el amigo.

Lo mismo, exactamente lo mismo que estarán pensando, en estos meses de abanicos y resoplidos, los muchos ecijanos que, forzados para buscar el pan de los suyos, tuvieron que abandonar el pueblo de sus amores.

Echarán de menos a la familia, los amigos, las fiestas, los monumentos... Pero, por encima de muchas cosas, echarán de menos el caló, la caló y las calores de esta Écija del alma. SALVADOR DE QUINTA"

Voy a terminar este capítulo, con el primer artículo que en la **Revista Oficial de Feria de Septiembre, Écija 1959**, escribió mi recordado amigo, el gitano Curro Torres, miembro de la ecijana Tertulia Poética Hontanar y del que escribió Manuel Martín Martín que: ...Siempre tocado de su gorra, pañuelo anudado al cuello, el puro entre los dientes y bastón en ristre, Curro Torres sintió y gozó de un enorme respeto fuera de su Écija natal, y hasta su muerte fue un impulsor de lo jondo y un lector y escritor voraz que mantuvo la



independencia y las leyes de su etnia y que desafi6 a sus detractores, a los que prestaba consejos que convenia a los intereses del arte gitano...



"ECIJA y EL CANTE GRANDE. Un deber de amistad me obliga a enfrentarme hoy, por primera vez, con el selecto p6blico lector, de esta Revista "Écija". A 6l quiero pedirle benevolencia, por estas mal pergeñadas líneas, a las que me ha obligado la amistad de

Manolo Mora, Director.

Mi colaboración, no podía ser otra que la relacionada con el cante, pero cante del bueno, del grande, y este a su vez, relacionado con nuestra Écija. Más se da el caso, que el espacio que me permite este artículo, no es suficiente para decir todo lo que en estos momentos se me ocurre sobre el cante, pero sí lo suficiente para romper una lanza en favor y defensa del maltrecho, dolorido y hoy casi desconocido "cante flamenco".

Digo desconocido y en ello me ratifico, porque hasta en nuestra bendita tierra de María Santísima, donde siempre hubo buenos catadores de este difícil arte, van quedando pocos.

En nuestra Ciudad, siempre se cantó bien, hubo buenos intérpretes del cante puro, y sin mencionar nombres, puedo afirmar que muchos merecieron el aplauso y la fama. De nuestra solera flamenca, dice mucho en su favor, el que Manuel Torres "Niño de Jerez", sumo pontífice del cante gitano, dijera en una ocasión, que era en Écija donde mejor sabían escucharlo y cantaba más a gusto.

Pero un buen día, y digo bueno donde debía decir mal día, un artista, convencido de que no tenía talla para enfrentarse a aquellos gigantes del cante, que se llamaron Manuel Torres, Tomás Pavón, Joaquín el de "La Paula" La Niña de los Peines, etc., y sabiéndose poseedor de una voz melosa y de un buen falsete, creó en mala hora, esto que hoy hemos dado en llamar ópera flamenca. Esto trajo consigo, una lógica degeneración del cante y por consiguiente la aparición de estos divos actuales, que pueden ponerse chaqueta corta, sombrero cordobés, camisa de lunares, que algunos hasta el serio y elegante esmoquin, que pueden hacer lo que quieran menos cantar flamenco.

Unos porque dicen que no es comercial y casi todos porque no saben. Perdón, no quiero ofender a nadie, ni que con esto nadie se sienta aludido, pero ya es hora de hablar claro.

El cante nuestro, el de nuestra feria, y el de nuestras fiestas de siempre, es serio, grave y solemne. Es triste si queréis llamarle así, también es trágico y negro si es siguiriya; ese cante que nos hace vibrar, que mueve las fibras más

sensibles e íntimas de nuestro ser, que nos eleva y nos acerca a la verdad, apartándonos de las cosas materiales, nos hace ser desprendidos y hasta espléndidos, enseñándonos un camino para ser mejores, como tan acertadamente dijera aquel poeta amigo:

Yo sé de un camino llano
Por donde se llega a Dios
Con El mismo de la mano.

Y ahora, un poco de historia, historia local. Corría el año de 1874, un ecijano, moreno de verde luna, presentóse en Sevilla al dueño del Café Silverio, llamado Silverio Franconetti (en la foto de la derecha), uno de los cuatro puntales del flamenco; lo oyó cantar, lo contrató y a partir de entonces alternó con todos los ases de la época.



Después pasó al Café de Chinita en Málaga, donde sentó cátedra del buen cantar. Ha corrido el tiempo, y hoy, un biznieto de aquel moreno de verde luna, fue a Roma en un peregrinar de canciones, tuvo éxito y cantó bien. Es también de Écija y se llama Antonio Núñez "El Barbero de Sevilla", nombre este por el que es conocido.

Ya en el novecientos hubo en Écija, tres figuras indiscutibles del cante grande. Ninguna de ellas fue artista y han quedado en el anonimato aún para los aficionados locales. Manuela Reyes "La Jilica", creadora de un estilo propio en la soleá, que aún perdura entre los buenos, por ser muy difícil su ejecución. "La Gallina", una de las mejores intérpretes de las cantiñas y tantos, aquella que cantaba las saetas sin cambios ni ligas ni mixtificaciones, sino de poder a poder. Los que pasamos de los 40 años, aún recordamos aquella figura menuda, nerviosa e inquieta, en aquella típica plaza de Colón –su barrio-, cantándole al Cristo que paciente, desde el madero, la escuchaba embelesado, olvidado del dolor de las espinas, de los clavos y de la lanzada.

Y por último "La Pascuala", la que ponía cátedra en todos los cantes; de voz portentosa y bien timbrada, con tanto poder, que como dato curioso, podemos citar que en una noche tranquila de verano, estaba cantando en la Estación –su barrio- y se estaba escuchando en el barrio de Puerta Palma.

En la época contemporánea, hemos conocido un cantaor, tan bueno, tan extraordinario, que se lo llevó Dios. Su cante era tan puro que solo podían oírlo los ángeles. Este malogrado muchacho, de una sensibilidad exquisita, de gran conocimiento y sentimiento, que no siendo gitano cantaba más gitano que nadie, se llamaba Enrique García "El Gandinga".

Y de aquí, en el nublado y oscuro horizonte flamenco, parece que empieza a brillar con luz propia otro ecijano, "El Barbero de Sevilla", que conociendo todos los cantes, con gusto y todo lo que hace falta para cantar, tal vez tenga que cantar mambos, boleros, etc., ya que el cante puro no es hoy comercial, dentro de esta corriente moderna, con perdón de los jóvenes.



En la foto que ilustra este artículo, Antonio Núñez Torres "El Barbero de Sevilla", último intérprete y buen catador del más puro cante grande, pasea sus triunfos a la sombra de la cúpula de San Pedro, en Roma. CURRO TORRES".

Con este documentado artículo de Curro Torres, sobre el flamenco, del que ya en el año de 1959 se escribía que estaba desvirtuado en cuanto a su pureza, y que tiraba más hacia un campo comercial, doy por finalizado este capítulo y solo me queda añorar, que a mi amigo Curro, no le haya permitido la vida, ver como se declaraba al flamenco patrimonio cultural inmaterial de la humanidad, a ver si con dicha declaración, se revitaliza en todo su contenido artístico y cultural.